

Capítulo XXXIX.

Dios y el hombre.

No pudiendo Aguado lograr con su altanería que, desesperado Colon, cometiese actos agresivos contra su persona, en cuyo caso, como representante de los reyes, hubiera podido acusarle de desacato, continuó en su compañía mortificándole, sí, pero aparentando corresponder á sus bondades, porque de lo contrario se hubieran vuelto contra él todas las acusaciones que deseaba atribuir á Colon.

Sin embargo, so pretexto de que habia recibido órdenes muy apremiantes para averiguar todo lo que pasaba en la colonia, puso á su servicio dos escribanos, que continuamente estaban consagrados á tomar acta, para dar fé en su dia, de las declaraciones que uno por uno iban haciendo todos los colonos acerca de lo que habia pasado en la isla, del desacierto del

almirante, de la opinion que habian formado de sus disposiciones, y de la esperanza que abrigaban acerca del éxito de la empresa que á tantas leguas de la madre pátria habian ido á acometer.

Era creencia general la de que él almirante habia perdido la gracia de los reyes.

—Todas estas investigaciones que se hacen,—pensaban,—no tienen más objeto que minar la influencia de Colon. Aguado está llamado á reemplazarle: nos conviene, pues, captarnos su voluntad para medrar á su sombra.

Y partiendo de este supuesto, eran muy pocos los que justificaban la conducta del almirante, los que reconocian sus grandes dotes, y muchos menos los que auguraban buenos resultados de la empresa que llevaba á cabo.

Todas estas actuaciones tenian lugar casi en presencia de Colon, el cual, en vez de ofenderse ostensiblemente, sufría con paciencia aquella persecucion, y pagaba con bondades la actitud, siempre arrogante, siempre provocativa, del emisario de los reyes.

A fuerza de mercedes y de bondades consiguió mortificarle, vengándose de aquella manera diplomática de las vejaciones de que era objeto.

Después de terminada la investigacion de los españoles, quiso Aguado consultar á los indios, y sin anuencia de Colon envió emisarios á los principales caciques, manifestándoles que, habiendo sabido los reyes de España el mal trato de que habian sido objeto, y los grandes disturbios que habia ocasionado la

conducta de Colón, habían dado las más terminantes órdenes para que fueran respetados, y no contentos aún, y queriendo desagraciarlos, les exigían francas declaraciones acerca de los atropellos de que habían sido víctimas, para mejorar su condición y demostrarles que no eran conquistadores, sino amigos, los que los soberanos de Castilla habían enviado á la isla.

Esperanzados los indios de que con la caída de Colón y el nombramiento de un nuevo jefe mejorarían su condición, no tuvieron inconveniente en prestar declaraciones acusadoras.

Atribuían á la influencia del almirante todas las injurias y los desmanes de que habían sido víctimas contra su voluntad y por desobediencia de sus capitanes.

Todas estas investigaciones contribuyeron á formar una sumaria muy suficiente para desacreditar á Colón á los ojos de los reyes, y además para hacerle acreedor á un castigo grande por haber abusado de los poderes que le habían conferido.

No ignoraba Colón esta red que se urdía en torno suyo para cogerle en ella.

Pero su conciencia estaba tranquila.

Había hecho lo que había podido para evitar la efusión de sangre, y con la entereza del acusado que sabe que es inocente, y confía, si no en la justicia de los hombres, en la justicia de la Providencia, veía impasible formar astuta y cautelosamente aquel lazo, en el que querían cogerle, seguro de que sus pala-

bras bastarían á destruir aquella malla formada por la envidia y la ingratitude.

También quiso Aguado entrar en relaciones con los indios rebeldes que al mando de Guarocaya y de Anacaona se habían refugiado en las montañas más inaccesibles de la isla, pensando que al ofrecerseles la paz conseguiría dominarlos.

Si tal lograba podría, no solo presentar una acusación contra el almirante, sino demostrar que su pericia había bastado para avasallar toda la isla sin derramar una gota de sangre, y este era un triunfo que eclipsaría todos los que hasta entonces había alcanzado el ilustre marino.

Tales eran sus sueños, y para realizarlos empleó todos los medios que estuvieron á su alcance.

Pero desgraciadamente para él, apenas supo Guarocaya sus deseos, comprendió que podría ser favorable á su causa la disidencia que existía entre aquellos dos jefes, y concibió esperanzas de reconquistar el terreno perdido en cuanto las luchas intestinas entre los españoles les hiciesen desmayar en la empresa que parecían proponerse llevar á cabo.

Viendo lo inútil de sus tentativas, renunció Aguado, á su pesar, á aquel triunfo, que debía ser la base de su prestigio, no sólo entre los españoles que había en la colonia, sino en la misma corte de España; y limitando su papel al de acusador del hombre á quien más favores debía, una vez terminada su injuriosa y profunda investigación, se acercó al almirante.

—Siento mucho,—le dijo,—haber tenido que mo-

lestaros. Pero soy vasalloleal, y al obrar de este modo no he hecho más que cumplir las órdenes que he recibido.

Desgraciadamente para vos, en vez de captaros la amistad de las personas que teneis á vuestro lado, habeis hecho de cada una un enemigo, y no son nada favorables á vuestra persona las declaraciones que han prestado. Yo no tengo más remedio que partir para dar cuenta á los monarcas de la mision que he venido á desempeñar.

—No me extraña,—contestó Colon,—que hayais encontrado enemigos míos en los que me rodean. Es condicion humana la ingratitud, y no me causa asombro. Pero como es costumbre oír á los acusados, me propongo acompañaros á España y destruir una por una todas las calumnias que han podido levantar contra mí mis adversarios.

—Yo no sé hasta qué punto podeis dejar abandonada la colonia.

—Supongo que sus majestades no os han dado orden para que me arresteis en ella.

—De ningun modo.

—Pues en ese caso, siendo dueño de mis acciones, quiero partir á España y destruir la obra que laboriosamente habeis fraguado aquí.

—Eso equivaldría á una desercion.

—De ninguna manera. Tengo poderes ámplios para delegar mis facultades en la persona á quien tenga por conveniente conferir las, y mi hermano Bartolomé me reemplazará, sin que cause perjuicio al

resultado de mi empresa la breve ausencia en que voy á vivir de la colonia.

—He querido evitaros un disgusto, y he guardado una comunicacion que para vos he recibido con el último buque que ha llegado. Pero puesto que estais resuelto á partir, voy á comunicárosla.

Y al decir esto le presentó un documento que por su conducto habia remitido el obispo Fonseca á Colon, manifestándole de parte de los reyes que habian visto sus majestades con desagrado el nombramiento que habia hecho por sí y ante sí de Adelantado mayor, dando á su hermano facultades para regir la colonia durante su ausencia.

Los reyes pretendian que era de su competencia, y sólo de su competencia, conferir tan alto nombramiento, razon por la cual le encargaban que en lo sucesivo, sin consultar antes con su real voluntad, se abstuviera de dar disposiciones de aquella índole.

—¿Y qué quereis decirme con esto?—preguntó despues de leer el documento.

—Que no podeis delegar vuestro mando.

—Sus majestades mandan que en lo sucesivo me abstenga de conferir nombramientos de esta clase; pero como Bartolomé está nombrado ya Adelantado mayor, esta cláusula no reza con él, y sin incurrir en desacato puedo muy bien partir, porque no se me manda en esta cédula anular el nombramiento.

—Haced lo que gustéis; pero yo parto mañana mismo.

—Veo que teneis gran empeño en que no vaya en vuestra compañía.

—Os engañais; me es indiferente que vengaís conmigo ó no. De todos modos, cumpliré mi mision.

—Partid enhorabuena cuando gustéis. Yo, por mi parte, llegaré á España, Dios mediante, al mismo tiempo que vos.

Aguado dió las órdenes necesarias para que se aprestasen los cuatro buques que había llevado para regresar á España.

Con el objeto de anticiparse algunos dias, ó algunas horas siquiera, al almirante, cuya resolucion de regresar á la metrópoli era inquebrantable, quiso apresurar su marcha.

—Aguado parte mañana,—dijeron á Colon.

El almirante miró al cielo, y con la mayor serenidad:

—Dios no quiere que parta,—dijo.

Aguado, sin embargo, hizo todo lo posible por darse á la vela, y al dia siguiente mandó embarcar á los que debian acompañarle, y lo dispuso todo para salir al medio dia.

El mar estaba en calma.

Parecia una verdadera balsa de aceite.

Un calor sofocante dificultaba la respiracion de los colonos.

Negras nubes iban amontonándose en el cielo.

La luz del sol desapareció por completo.

Una fresca brisa comenzó á agitar las ramas de los árboles.

La brisa no tardó en tomar proporciones, y precisamente en el instante en que las carabelas se disponian á partir, se levantó un terrible huracan, que obligó á detenerse á los tripulantes.

Los españoles y los indios iban á presenciar un espectáculo grandioso é imponente á la vez.

—¡El furican!... ¡El furican! (R)—gritaron.

No tardaron las tranquilas olas en enfurecerse y levantarse hasta los cielos, impulsadas por el récio vendaval que las azotaba.

Al mismo tiempo arreciaba las corrientes de aire que soplaban con ímpetu por opuesto lado.

Las apiñadas nubes se rasgaban para dar paso á las exhalaciones, y una lluvia de rayos y centellas cruzaban en todas direcciones el espacio, yendo á sepultarse en medio de los bosques y tronchando los copudos y seculares árboles.

Las embarcaciones, como endebles barquillas, subian y bajaban, corrian de un lado á otro impulsadas por el viento, y los navegantes no tenian más remedio que arrojar al agua y ganar la orilla para guarecerse en ella de la tempestad.

La lluvia caia á torrentes.

El estampido del trueno resonaba en el espacio, produciendo el espanto y el terror, no sólo entre los españoles, sino entre los indios, que no recordaban un temporal tan deshecho en toda su vida.

Las corrientes de fuego que surcaban los aires incendiaban los bosques.

De distancia en distancia se descubrian grandes

hogueras que, á impulso del viento, se agitaban con frenesí.

Densas nubes de humo aumentaban la negrura del cielo.

Las casas se llenaban de agua.

Cuando cesaba el estampido horrisono del trueno, los graznidos atronadores de las bandadas de aves, que cruzaban de un lado á otro el espacio buscando una guarida, aumentaban el horror de aquel cuadro.

Los gritos de los marineros se confundían con aquellos graznidos salvajes, y los más valientes se guarecían entre las rocas y en las casas, que se bamboleaban amenazando desplomarse.

La consternación fué general.

Los españoles y los indios estaban horrorizados.

El vendaval rompió los cables de los buques, y echó tres de ellos á pique con cuanto tenían á bordo.

Otros chocaron entre sí, convirtiéndose en mil pedazos, que las olas enfurecidas arrojaban á la playa, mientras que el huracán, desgarrando las ramas de los árboles, desbarataba la isla.

En aquellos momentos, Guaorocaya, seguido de sus butios, y aprovechando la consternación de los españoles, reanimaba su abatido espíritu, diciéndose que aquello era un castigo con que Vagoniana iba á hacer expiar á sus enemigos los crímenes que había cometido en la isla.

Aguado había tenido que volver á tierra, y salvándose milagrosamente del temporal, se había refugiado en el palacio de Colón.

Su agitación contrastaba con la tranquilidad del gran hombre.

El remordimiento se retrataba en el rostro de Aguado, que veía destruidos todos sus planes.

Atribuía á castigo de la Providencia aquella espantosa tormenta, que haciéndole perder sus embarcaciones, le obligaba á permanecer en la isla; y hasta la serenidad con que Colón presenciaba aquel espectáculo aumentaba su consternación, porque veía en aquello una prueba de la grandeza de alma de su enemigo.

Tres horas duró el huracán, y los destrozos que causó fueron inmensos.

De todas las carabelas que había en el puerto sólo pudo salvarse una, *La Niña*, y aun así quedó en muy mal estado.

Apaciguado el temporal, mientras acababan de consumirse las selvas incendiadas, mientras que los indios y los españoles contemplaban aterrados las ramas de los árboles esparcidas por el suelo, los troncos quebrados como si fueran frágiles cañas, Colón dispuso que todos los españoles fueran al templo á dar gracias á la Providencia por haberlos salvado del peligro.

Aguado no tuvo valor para ir.

La excitación nerviosa que había sufrido le había postrado por completo, y cayó enfermo.

Colón mandó asistirle, y él mismo acudió á la cabecera de su lecho para prestarle toda clase de auxilios.

Inmediatamente dispuso que con los restos de las

carabelas que el temporal había arrojado á la playa se fabricase una; dispuso asimismo que se repusiesen todas las averías de *La Niña*, y pensó desde luego ir con Aguado á España en una de las dos carabelas, dejando la otra á los españoles, que no podían quedarse en la colonia sin una embarcación.

Dos meses trascurrieron, al cabo de los cuales se restableció Aguado, y pudo botarse al agua la carabela formada con los restos de las otras, á la que se bautizó con el nombre de *Santa Cruz*.

Colón se disponía á partir para España, cuando recibió una noticia que colmó sus esperanzas.

Esta noticia era el descubrimiento de una rica mina de oro.

Veamos cómo se había operado tal portento.

Pero antes de contar estos detalles, penetremos en los dominios de Guaorocaya para saber cuál era la situación de Anacaona y la de su amada hija Higuamota, á quien dejamos enamorada del valiente soldado Hernando de Guevara.

Capítulo XL.

La conversión de Higuamota.

Después de la derrota de los indios en las llanuras de Bonao, los que no estaban prisioneros y bajo la dominación de los españoles se refugiaron en las cavernas de Cacibaxagua y Amayauna al mando del único cacique que había quedado con vida y en libertad.

Anacaona compartió con él el trono.

Todos, en medio de la soledad y del misterio, juraron terminar á los españoles por cuantos medios estuvieran á su alcance.

Pero para conseguir este objeto necesitaban saber esperar.

La esperanza aliviaba el inmenso dolor que sentía Anacaona al saber que Caonabo estaba en poder de los españoles.

Pero Higuamotoma sufría más que su madre.